Al Sr. D. Fernando Soldevilla
En testimonio de afectuosa
consideracion El Autor

LA POLITICA DE FELIPE II

LA POLÍTICA

DE

FELIPE II

MEMORIA

LEÍDA

EN EL ATENEO DE MADRID

POR

DON DANIEL LÓPEZ

Secretario primero
de la Sección de Ciencias Históricas



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1886





LA POLITICA DE FELIPE II

MEMORIA

leída en el Ateneo de Madrid por D. Daniel López, Secretario Primero de la Sección de Ciencias Históricas

SEÑORES:



No registra la historia de la moderna Europa reinado más importante que el de Felipe II. Trázase distintamente en su tiempo, y merced á su poderosa influencia, la línea divisoria que ha de separar de una manera definitiva la Europa protestante de la Europa católica. La gran cuestión de la libertad religiosa que traía en germen la no menos importante de la libertad política, es el suceso capital de este período y uno de los principales de toda la historia. Campeón, el Rey, de una causa irremisiblemente perdida; empeñado en contrarrestar el invencible espíritu de los tiempos, su reinado ofrece el espectáculo grandioso, pero triste, de una lucha gigantesca en que la nación más poderosa que el mundo había visto, agota sus esfuerzos, consume sus recursos, llega al total acabamiento de su energía, y rendida de luchar, dobla al fin la cabeza y se entrega á un re-

poso de siglos. En esta formidable lucha que ha decidido la suerte de la España moderna, que para siempre quebrantó nuestro poderío, y nos hizo perder el puesto de nación preponderante, ¿qué parte de censura ó elogio corresponde al Soberano en la aplicación de los vastos recursos de la monarquía? ¿Cuál fué, en suma, su política?

Parecería á primera vista que el trascurso de tres siglos habría sido más que suficiente para enfriar el ardor de los más apasionados partidarios ó detractores de Felipe II, y que, por tanto, nada más fácil que exponer en breve espacio el fallo definitivo é imparcial de la historia sobre aquel Monarca y su política. Nada de esto, sin embargo, sucede. El tiempo, lejos de calmar, ha enardecido más los ánimos, y en nuestros días, en estos últimos años, dentro y fuera de España, aparecen escritos de vehemente polémica donde no falta quien, con mejor propósito que fortuna, trate de disculpar errores manifiestos y aun presentar y ensalzar como acciones dignas de imitación y alabanza, actos que siempre ha condenado severamente la sana moral. Otros ven, al contrario, en Felipe II, el mayor monstruo de tiranía que hayan engendrado los siglos; no vacilan en atribuirle los más horrendos crímenes de una época en que tantos se cometieron, y destituyéndole de todo sentimiento de humanidad, lo presentan como cifra y compendio de cuanto puede haber de más repugnante y cruel en la humana naturaleza. Justo es, sin embargo, añadir, que los detractores inconsiderados son hoy más raros que los amigos indiscretos, y que, entre unos y otros, se encuentra un grupo cada vez más numeroso de escritores insignes, que, animados del solo afán de descubrir la verdad, han consagrado largos años de pacientes y minuciosas investigaciones al entero conocimiento de los hechos.

Los archivos oficiales de España y de los Países Bajos, los manuscritos de la biblioteca nacional de París y de la biblioteca imperial de Viena, los legajos de correspondencia de los Príncipes italianos al servicio de España y de los Príncipes de Nassau, enemigos de España, han sido revisados, extractados, dados al público, y del fondo de labor tan prolija comenzó á surgir la luz de la verdad. Este trabajo inmenso á

que, sin distinción de secta ó nacionalidad, han contribuído los sabios de una generación, no está aún terminado. Cada año trae la publicación de libros y documentos que arrojan nueva luz sobre los hechos. Aún está en vías de formación esta intrincada historia. Aún viven y alientan entre nosotros las pasiones que animaron á los hombres de aquel siglo, y siempre que tal sucede, puede asegurarse que el fallo inapelable de la posteridad no se ha pronunciado todavía. Ved, pues, cuán grande no será mi desconfianza, cuáles no habrán de ser mis vacilaciones en tan difícil empresa, y cómo sólo el temor de no obedeceros, que á todo otro temor se sobrepone, podría lanzarme á tamaño atrevimiento.

Felipe II era, al subir al trono, el Monarca más poderoso de la Cristiandad. Reinaba en España, en Sicilia, Nápoles y el Milanesado, en los Países Bajos, es decir, Bélgica, Holanda y seis de los mejores departamentos del Norte y Este de Francia; en Africa tenía Orán y Túnez, y en la costa occidental los archipiélagos de Cabo Verde y las Canarias. En América, Méjico y el Perú, las Antillas, Tierra Firme, Nueva Granada y Chile, y las vastas regiones regadas por el Paraguay y el Río de la Plata que habían sido conquistadas en los últimos años del reinado de su padre. Con razón se decía, pues, que en los dominios del Rey de España nunca se ponía el sol. Para atender á la defensa de tan vastos territorios contaba con un ejército aguerrido acostumbrado á vencer en toda Europa en las interminables campañas de Carlos V. Desde el tiempo del Gran Capitán, el infante castellano dominaba sin rival en el campo, y si de admirar era la constancia y valor del soldado, mucho más admirable era todavía la pericia de los capitanes. Filiberto Manuel de Saboya, cuyo nombre va unido á la gloriosa jornada de San Quintín; el Duque de Alba, ya famoso en las guerras del Emperador y destinado á serlo más todavía en este reinado; Don Juan de Austria, y sobre todo Alejandro Farnesio, fueron sin disputa los mejores Generales de la época. A sostener la reputación y secundar los esfuerzos del ejército de tierra contribuía la más poderosa armada que jamás había surcado los mares. Desde el tiempo de los Reyes Católicos databa el en-

grandecimiento de nuestra marina, y ya entonces se habían hecho grandes armamentos navales. Según las memorias coetáneas, la armada que condujo á Flandes á la Infanta D.ª Juana en 1496 y volvió á principios del año siguiente con la Princesa D.ª Margarita, constaba de 130 naos y carabelas y tres carracas en que iban hasta veinte mil hombres (1). Españoles eran la mayoría de aquellos osados navegantes que en frágiles leños escudriñaron la figura del globo terrestre, dejando poco que descubrir en estrechos, islas ó bajos á los de las edades sucesivas (2).

Un marino de ilustre fama, «aquel rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamás vencido capitán» don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, señala con sus victorias el apogeo de nuestro poder marítimo, así como su muerte, por las circunstancias en que ocurrió, es triste signo de inminente ruina. De este modo tuvo Felipe II lo que después que él jamás consiguió soberano ni pueblo alguno, la supremacía terrestre y marítima al mismo tiempo, dominar en el continente con sus ejércitos, señorear los mares con sus escuadras.

Todos estos recursos de la monarquía española aparecen doblemente formidables, teniendo en cuenta la situación de los demás Estados de Europa. Portugal, agotado por esfuerzos gigantescos, merced á los cuales había descubierto un nuevo camino para la India, acometiendo luego la conquista del remoto Oriente, había caído ya en aquel estado de decadencia que precipitó y terminó el Rey D. Sebastián. Francia, arruinada por las largas guerras de Francisco I, estaba ya devorada por el cáncer de las luchas religiosas. Inglaterra, sucesivamente católica y protestante, según las creencias de sus Soberanos, se encontraba también profundamente dividida. Fué preciso el trascurso de mucho tiempo y hubo de desplegar Isabel toda su habilidad para consolidarse en el trono. Agréguese á esto que apenas tenía la Reina de Ingla-

(1) *Memorias de la Acad. de la Historia*, tomo VI, pág. 259.
(2) Fernández Duro, *La Armada Invencible*, tomo I, pág. 62.

terra más ejército que los soldados de su guardia, y que la escuadra inglesa era por todo extremo inferior á la de España (1), y se tendrá cabal idea de lo que debía pesar en Europa la influencia del Rey Católico. El Emperador de Alemania, hermano de Carlos V y tan dispuesto á secundar la política de Felipe, no sólo en atención á los intereses generales de la casa de Austria, sino obligado por la necesidad de defender sus Estados contra el turco, no debía inspirarle la más leve inquietud, y en cuanto á Italia, dueña del Norte y el Mediodía de la Península, los demás Estados independientes se hallaban en la situación natural de quien por uno y otro lado tiene vecino tan poderoso.

Cuando Felipe II fué llamado por la abdicación de su padre á regir los destinos de la mayor monarquía de Europa, estaba casado con María de Tudor, lo cual le permitió arrastrar á Inglaterra á los intereses generales de su política. En vano fueron todas las limitaciones y cortapisas con que los ingleses habían querido impedir que el Rey consorte tratase á Inglaterra como sus Estados hereditarios y se sirviera de sus escuadras y de sus ejércitos en las empresas del Continente. En la batalla de San Quintín pelearon 9.000 ingleses en el ejército de España. En la batalla de Gravelinas la escuadra inglesa cañoneó el ejército francés, contribuyendo poderosamente al triunfo de nuestras armas, y hasta dinero sacó Felipe de Inglaterra para el pago de ciertas tropas alemanas (2). Fué también circunstancia altamente ventajosa que entrara á regir tantos Estados viviendo todavía el gran Emperador que primero los había reunido bajo su cetro y que los consejos del mayor político del siglo guiaran sus primeros pasos en la difícil senda del gobierno.

---

(1) Véase en las *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo VII, un curiosísimo estado de la marina inglesa al ocurrir la muerte de la Reina María.

(2) «En el hecho era verdad que la Reina María le había dado de una vez 7.000 libras y algunas joyas de valor para pagar ciertas tropas alemanas.» —Carta del Conde de Feria de 21 de Noviembre de 1558, en las *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo VII.

Pero si tan grandes eran las ventajas, no eran menores las dificultades con que había que luchar. Tantos y tan vastos Estados esparcidos por el antiguo y el nuevo mundo, habitados por gentes de distinta raza y lengua diferente, exigían facultades no comunes en el Príncipe que hubiera de gobernarlos. Pocos hombres han poseído en grado tan eminente como Carlos V el don de hacerse agradables. En un siglo en que la falta de trato y comunicación entre las distintas naciones de Europa establecía como vallas infranqueables entre los naturales de uno y otro país, el Emperador, Soberano de Alemania y de España, de los Países Bajos y de la mayor parte de Italia, supo hacerse querer de todos sus vasallos, que nunca le rechazaron como extranjero, mirándole todos como propio y nacido entre ellos. La proverbial facilidad con que hablaba las lenguas de las principales comarcas, contribuía no poco á este resultado. Felipe II, en esto, como en tantas otras cosas, fué muy inferior á su padre. Era buen latino, pero de las lenguas vivas apenas si medio entendía el francés. Educado en España, lejos del Emperador á quien sus múltiples empresas no permitían punto de parada, llegó á la juventud sin conocer otro país que el de su nacimiento ni otra gente que sus compatriotas. Su carácter, por naturaleza reservado y frío, hízose todavía más rígido con semejante educación. Por eso, cuando por primera vez salió de España, y por Italia y Alemania pasó á Flandes para que le fueran conociendo los que un día habían de ser sus vasallos, en todas partes dejó la impresión más desagradable. Creyósele generalmente de carácter duro y severo, haciéndose muy poco grato á los italianos, menos todavía á los flamencos y de todo punto odioso á los alemanes (1). Mas con ser tan perjudicial esta condición de carácter, que contrastaba con la franca espontaneidad y afables maneras de su padre, todavía le perjudicó más otro defecto, siempre muy grave en un Soberano que tiene que gobernar en tiempos turbulentos, defec-

(1) «Lasciò impressione da per tutto che fosse d'animo severo et intrattabile; e però fu poco grato a Italiani, ingratissimo a Fiamenghi et a Tedeschi odioso.»—*Relatione di Michele Suriano.*

to que ha de mirarse como causa importante de muchos de los desastres de este reinado. Felipe II carecía de prendas militares, y no intentó siquiera disimular ó encubrir esta deficiencia. No falta quien vea en esto motivo de alabanza y considere como signo de gran progreso que el Soberano que hizo más guerras en su tiempo, el Soberano cuya historia es una larga serie de guerras contra toda Europa, desde el Padre Santo hasta el Gran Turco, no hubiera ido nunca propiamente á la guerra. La historia de todos los tiempos, desde los más remotos hasta el presente, demuestra lo contrario. Antes y después de Felipe II, aun no siendo el Gobierno tan personal como cuando él reinó, el Soberano que al hacer la guerra ha tomado el mando del ejército ó supo aparentar que lo mandaba, ha tenido muchas más probabilidades de éxito que el que permanecía en su palacio lejos del estrépito de las armas. Y no se diga que esto es peculiar de los tiempos feudales. Carlos V, gran capitán y gran político, hizo siempre la guerra en persona, sin que enfermedades ni trabajos pudieran arredrarle. Luis XIV, gran político, pero no General, tomó parte en las grandes campañas de su reinado, y no hay que añadir que en nuestro tiempo nada es más común que el espectáculo del Soberano que dirige en persona las operaciones militares. Si Felipe II hubiera sido soldado, muy distinto desenlace habrían tenido, tal vez, las alteraciones de Flandes, y nunca hubiera elegido para mandar la Invencible á un hombre totalmente incapaz de desempeñar tan alto cargo. Y las alteraciones de Flandes y la expedición contra Inglaterra fueron los dos sucesos más desastrosos de su reinado.

Pero si no hombre de guerra, era en cambio el Rey hombre de bufete, y esto lo fué en grado tal, con tan gran asiduidad en el trabajo y tan infatigable constancia, que apenas se encontraría en toda la historia ejemplo de laboriosidad semejante. La inmensa correspondencia de sus Vireyes y Embajadores, los informes de sus innumerables espías, el ingente fárrago de instrucciones que el mover aquella gran máquina requería, todo era leído, anotado y comentado por el Rey. Si era escaso de palabras, en cambio su pluma no cesaba un momento, y prefería escribir una larga carta, tenien-

do á veces á algunos pasos la persona á quien en pocos minutos hubiera podido decir de palabra lo que le costaba llenar tantos pliegos. No es, pues, de extrañar que, con aplicación semejante, apenas interrumpida en cuarenta años, haya dejado escrito de su mano con que llenar buen número de tomos. Esta laboriosidad, siempre digna de elogio, y este afán de verlo todo por sí mismo y de que todo pasara por su mano, constituye una de las cualidades, pero también uno de los defectos de Felipe II. Incapaz de generalizar y de establecer diferencia entre las cosas pequeñas y las cosas grandes, la misma importancia daba en sus despachos é instrucciones á detalles de poca monta que, en muchos casos, no era dado prever, que á las cuestiones de mayor momento. Fué, en suma, el verdadero oficinista, entiéndase el oficinista español, prolijo hasta la minuciosidad, dando tanta importancia á la forma de letra como á la redacción, ignorante en absoluto del valor del tiempo, que consideraba, no como enemigo, sino como aliado (1). Casi puede decirse que vivía en su gabinete, y, sin embargo de tan gran diligencia, jamás llegaban á tiempo sus decisiones. Nunca se convenció Felipe II de que no puede un hombre, por constante y asiduo que sea en el trabajo, conocer los detalles de la vida de cincuenta millones de seres humanos.

No sería posible entender en absoluto los sucesos principales de este reinado, sin tener en cuenta las creencias religiosas del Monarca. Felipe II fué lo que en su tiempo se llamaba un buen católico, hijo fiel de la Iglesia, campeón decidido de sus santas doctrinas, en cuya defensa hubiera perdido, no uno, sino cien reinos. «Mejor es no reinar, que reinar sobre herejes.» Tal fué la máxima que en todo su reinado erigió en principio. La aplicación de este principio explica las matanzas de los Países Bajos, el exterminio de los mo-

(1) «Dezía muchas veces, que *el tiempo y él para otros dos*, pareciéndole sin él no se podía obrar cosa de provecho, y que, para que saliesen con acierto los negocios, era menester premeditarlos con la consideración y el discurso...»—Vander Hammen y León, *Don Filipe el Prudente*; Madrid, 1632, página 134.—Gachard, *Correspondance de Philippe II*, tomo I, Introd.

riscos, los autos de fe, el repugnante asesinato de Montigny, las confiscaciones, la ruina de las provincias más prósperas y florecientes del mundo. Promover los intereses del catolicismo, perseguir de muerte la heregía, tal era siempre su recomendación principal á Gobernadores y Vireyes, lo primero y lo último en su correspondencia con los grandes señores flamencos, lo que más especialmente encargaba á sus Genereles y Almirantes.

«El protestó siempre que sus designios en la guerra y sus exércitos no se encaminaban á otra cosa que al ensalzamiento de la Religión Christiana» (1), dice uno de sus apologistas. Los herejes eran doblemente rebeldes, «rebeldes á Dios, por la heregía, y á su Príncipe á quien debían obedecer» (2). Por eso con los herejes no podía haber clemencia. El Príncipe podía perdonar las faltas cometidas contra él; mas ¿cómo había de atreverse á perdonar las faltas cometidas contra Dios? Esta *santa intransigencia* que un sacerdote católico de nuestros días, y desgraciadamente de nuestra nación, elogia en Felipe, no era opinión suya exclusiva, antes estaba en cuantos le rodeaban. Dios no permitió que terminase felizmente la empresa de Inglaterra, en castigo, no de las bárbaras crueldades que en su nombre se cometían, sino porque el exterminio no había sido total, por no haber matado á todos los enemigos de la fe, sin perdonar ni aun á los niños de pecho. «El año cuando se perdió la poderosa armada—decía el Arzobispo de Valencia á Felipe III,—me atreví á decir á S. M., que habiendo tardado mucho tiempo en descubrir qué causa podía haber para que Dios permitiese aquel mal suceso, se me había ofrecido una cosa de mucha consideración... le envió á mandar por un profeta que destruya á los Amalequitas, sin dejar hombres, ni mujeres, ni niños, aunque sean de leche; en fin, que no quede rastro de ellos ni de sus haciendas; y porque no cumplió exactamente su man-

(1) Vander Hammen, *Don Filipe el Prudente.*

(2) Mariana, *Hist. de Esp.*, tomo VII, pág. 410.

damiento, cayó en indignación de Dios» (1). En Felipe los intereses de la religión están muy por encima de los intereses políticos. En esto fué ciertamente más allá que todos los Soberanos de su tiempo, incluso el Papa. No vaciló el Pontífice para hacerle la guerra á él, al Rey Católico, en aliarse con el Turco y en tomar á sueldo tropas luteranas. Mientras fué Rey de Inglaterra, el Emperador, su padre, ferviente católico, pero gran político, le aconsejó la mayor moderación en lo tocante á las creencias religiosas. Cuando María ordenaba aquellas persecuciones de protestantes que le valieron el sobrenombre de Sanguinaria, con que la designan sus compatriotas, el confesor de Felipe se pronunciaba abiertamente contra tal sistema. La razón de Estado podía más en el ánimo del Emperador que el celo inconsiderado en favor del catolicismo.

Felipe II fué, pues, un fanático, aun para aquellos tiempos. A haber sido tan gran político y hombre de Estado como algunos pretenden, hubiera sabido contemporizar y hacer concesiones cuando las concesiones podían aún parecer resultado de un arranque magnánimo, y no dura necesidad impuesta por las circunstancias. Pero aún esto no fué lo peor. Cuando un político es torpe, como sea honrado, tendrá la justa censura que sus decisiones merezcan, con la atenuación á que su buen deseo le hace acreedor. Nadie que honradamente estudie los actos de Felipe II, podrá absolverle del más profundo y repugnante disimulo, de meditar largo tiempo sus venganzas, de mostrarse fríamente implacable, aun tratándose de su propia sangre. Tuvo la fortuna de que en su tiempo florecieran teólogos eminentes como Fray Diego de Chaves, para quien «el Rey podía quitar la vida á cualquiera de sus vasallos, con juicio formado, ó de otro modo, estando en su mano dispensar los trámites judiciales» (2). Este razonamiento del confesor del Rey es para justificar el asesinato

---

(1) *Vida y virtudes del venerable siervo de Dios D. Juan de Ribera*, por el R. P. Fr. Juan Jiménez.—Roma, 1734, apud Buckle.—Tomo III.

(2) Cartas de Fr. Diego de Chaves de 5 y 18 de Set. en el proceso de Antonio Pérez.

de Escobedo. La teoría, en efecto, no puede ser más sencilla. El Rey es dueño absoluto de las vidas de sus vasallos. El ser dueño absoluto de una cosa, significa disponer de ella como place, abiertamente ó con sigilo, según mejor convenga. Claro es que si conviene dar al suceso distinta apariencia y aun culpar á seres inocentes, la razón de Estado viene á completar la teoría, y el Rey puede con tranquila conciencia dejar que una infeliz muera en la horca inocente y hacer ejecutar á un preso en su calabozo, y decir luego que murió de muerte natural, y mandarlo enterrar con gran pompa y celebrar suntuosas exequias por su eterno descanso.

Felipe II fué indudablemente cruel; pero justo es confesar que eran aquellos tiempos de crueldad. Donde quiera la atmósfera estaba impregnada de sangre. En Inglaterra, á las persecuciones de María contra los protestantes, sucedían las leyes penales de Isabel contra los católicos. Francia era un campo de batalla donde diariamente perecían á centenares católicos y hugonotes. El Papa celebraba como uno de los más faustos sucesos de su pontificado la horrible matanza de la noche de San Bartolomé. La piedad con el disidente en materia de religión no se comprendía; la tolerancia era el mayor delito. «A quien no admite culpa en pedir libertad de conciencia, compete bien el nombre de parcial de los herejes» (1), dice Cabrera terminantemente. Somos, pues, necesariamente parciales de los herejes, y nuestro juicio podrá tacharse de parcial y apasionado, si calificamos duramente á quien por el hierro y el fuego y la fosa quiso imponer la Religión, y vemos con simpatía y lástima los sufrimientos de aquellos pobres flamencos lanzados por la ley suprema de la conservación á una lucha á muerte que acabó con la prosperidad del país más rico del mundo, y convirtió en yermos y soledades comarcas antes fértiles y habitadas por una población industriosa.

Un italiano que vivió largos años en Flandes nos dice que á mediados del siglo XVI tenían los Países Bajos más de

(1) Cabrera, I, 327.



350 ciudades muradas, pasando de 6.300 las ciudades menores. Gante contaba con 70.000 habitantes; 75.000 tenía Bruselas y á 100.000 ascendían los de Amberes, en una época en que Londres apenas contenía 150.000 almas. Un Embajador veneciano que estuvo en Bruselas en 1551, no vacila en comparar la prosperidad comercial de Amberes con la de la misma Venecia, ampliando luego el símil y haciendo corresponder cada una de las ciudades de los Países Bajos á las más adelantadas y notables de Italia (1). Pero cada una de estas diez y siete provincias tenía sus franquicias especiales que el Rey había jurado guardar. Aquellos naturales, en lo demás fríos é indiferentes, eran en lo relativo á sus fueros celosos hasta la exageración. Por otra parte, la vecindad de Alemania, con la cual tenía continuas relaciones, la costumbre de enviar los jóvenes á estudiar á Ginebra, principal baluarte del calvinismo y la expansión irresistible de las doctrinas reformadas, habían contribuído grandemente á difundir la herejía.

Todos los historiadores están conformes en atribuir á tres causas principales la revolución de los Países Bajos. La creación de nuevos obispados, el establecimiento de la Inquisición y el rigor de los edictos contra los herejes. La creación de nuevos obispados era una medida sabia, política, reclamada por el bien de la religión y las necesidades espirituales de los pueblos. En una gran parte de los Países Bajos ejercían la jurisdicción eclesiástica Obispos extranjeros. De este modo, había una provincia, la de Luxemburgo, sometida á seis prelados diferentes, ninguno de los cuales residía en el país (2). En distintas ocasiones había tratado Carlos V de resolver esta cuestión de los obispados, pero las alternativas de sus relaciones con los Pontífices no le habían permitido nunca terminarla satisfactoriamente. También los edictos contra la herejía, y el establecimiento de la Inquisición, databan del reinado anterior. El último de estos edictos ó *pla-*

---

(1) *Relatione di Marino Cavallo tornato Ambasciatore del Imperatore*, 1551.

(2) Gachard, *Corresp. de Philippe II;* tomo I, Introd. XCIII.

cartes condenaba á muerte por el hierro, la fosa y el fuego, es decir, á ser decapitado, enterrado vivo ó quemado, á todo el que vendiese, comprase, copiase ó recibiese libros heréticos. Las causas de la rebelión de Flandes no fueron, pues, traídas por Felipe, sino por su padre. ¿Por qué habían de ser ahora motivo de una revuelta formidable disposiciones sancionadas ya anteriormente?

En primer lugar, los tiempos habían cambiado. Desde la aparición de los primeros edictos del Emperador, el número de prosélitos que la Reforma contaba en los Países Bajos había aumentado considerablemente. Las ideas de tolerancia comenzaban á difundirse entre el pueblo. Decíase abiertamente que el violentar las conciencias era tiranía, que era un acto de barbarie castigar con la muerte opiniones de que sólo Dios podría ser juez. Agréguese á esto que Carlos V, apesar de su gran popularidad, no había podido hacer cumplir con rigor los edictos, que algunos Estados se negaron positivamente á admitir la Inquisición, y se comprenderá, que de no abrogarlos en absoluto, la prudencia recomendaba, por lo menos, aplicarlos con mucha cautela. Pero no opinaba así el Rey Católico. En vano fueron las representaciones de la Gobernadora de los Países Bajos, Margarita de Parma, su hermana. En vano fué que le enviara al Conde de Egmont, uno de los principales nobles del país, cuya fama ilustraban las gloriosas victorias de San Quintín y Gravelinas. Responde que antes perdería cien mil vidas, si las tuviera, que consentir en que se haga el menor cambio en lo tocante á la religión. Cediendo luego á las solicitudes del Conde, permite que se examine si no habría otros medios que los empleados hasta aquí para el castigo de los herejes, y le hace esperar que será indulgente con los anabaptistas arrepentidos. Mas no bien sale de Madrid el de Egmont, con una doblez que no hay consideraciones políticas que puedan disculpar, manda el Rey á la Gobernadora instrucciones en completa oposición con lo pactado con el noble flamenco. Aún trata de resistir Margarita, y un nuevo despacho más terminante que todos los anteriores le ordena prestar eficaz apoyo á los inquisidores y hacer cumplir con todo rigor los

edictos. «Los males existentes, dice el Rey, son resultado de la negligencia, flojedad y disimulación de los jueces. Los que no osen ó no quieran ejecutar los edictos por miedo á algún tumulto, sean reemplazados por otros de más valor y celo.» La resolución que ha tomado es la más conveniente al bien de la religión y de sus Países Bajos, que sin la religión no valdrían nada (1). La Gobernadora notifica á los Consejos de justicia de las provincias las resoluciones del Rey. No le oculta su sentimiento de tener que hacerlo así. Tales rigores pueden tener fatales consecuencias; por lo demás, no será posible el estricto cumplimiento de las órdenes de Felipe; pues la mayor parte de los Gobernadores declaran que no están dispuestos á contribuir á que perezcan en las llamas 50 ó 60.000 de sus compatriotas, y que antes renunciarán sus cargos. La publicación de las órdenes llegadas de España producen la explosión que la Gobernadora había previsto. Pónense los nobles á la cabeza del pueblo para defender las libertades cuyo mantenimiento á todos importa igualmente, y se firma el célebre compromiso de Breda. Los confederados vienen á Bruselas y presentan á la Gobernadora una petición ó *requesta*, donde en lenguaje mesurado, pero firme, solicitan la abolición de la Inquisición y de los edictos. A los pocos días responde Margarita con la promesa de que será abolida la Inquisición, que se moderará el rigor de los edictos y habrá un perdón general, pero tiene antes que consultar las intenciones y la voluntad del Rey. Felipe, que no acaba de convencerse de la gravedad del mal, se niega á moderar los edictos. Insiste la Duquesa, le advierte que con la dilación crecen las exigencias, que ya no se contentan con sus primeras peticiones y hablan de convocar los Estados Generales. Por fin, cede el Rey en la apariencia. Consiente en que cese la Inquisición con tal que los nuevos Obispos ejerzan su jurisdicción libremente. Está dispuesto á moderar el rigor de los edictos, y en cuanto al perdón general, «como nunca tuvo otra inclinación que tratar

(1) Gachard, *Corresp. de Philippe II*, tomo I, Introd. CXXIX.

á sus vasallos y súbditos con la mayor clemencia posible,—así dice la carta del Rey á la Gobernadora,—consiente en que la Duquesa lo otorgue en la forma y manera que juzgue más conveniente, bien sea á los confederados tan sólo, ó también á los demás.» Al mismo tiempo levantaba un acta ante el Notario Pedro de Hoyos y á presencia del Duque de Alba, del licenciado Francisco de Menchaca y del doctor Martín de Velasco, declarando que estas concesiones no las había hecho libre ni espontáneamente; que por tanto no se creía ligado por aquella autorización, reservándose el derecho de castigar á los culpables (1). Respecto á la abolición de la Inquisición, que había autorizado, escribía á D. Luis de Requesens, Embajador en Roma:

«Y por la priesa que dieron en esto no ubo tiempo de consultarlo á S. S., como fuera justo, y quizá abrá sido así mejor, pues no vale nada quitándola S. S., que es quien la pone; pero en esto conviene que aya el secreto que se puede considerar» (2). Y por lo que hace al perdón ofrecido, tan lejos estaba de pensar en realizarlo, que añadía lo siguiente: «Y assi podreis certificar á S. S. que antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religion y del servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviese, porque yo ni pienso ni quiero ser señor de herejes... y si no se puede remediar todo como yo deseo, sin venir á las armas, estoy determinado de tomallas, y ir yo mismo en persona á hallarme en la execucion de todo, sin que me lo pueda estorbar ni peligro, ni la ruina de todos aquellos países, ni la de todos los demás que me quedan» (3).

Tan miserable tejido de fraudes no pudo conjurar la tormenta que de largo tiempo venía amenazando. Estallaron los desórdenes, comenzaron los atropellos y sacrilegios, y desde este momento el Rey decidió poner por obra las amenazas contenidas en su carta á Requesens. Un medio había, sin embargo, de cortar el fuego en su origen y evitar que el mal to-

(1) Lafuente, *Hist. de Esp.*, tomo XIII, pág. 184.
(2) Arch. Sim. Estado, legajo 901, en Lafuente, tomo XIII, pág. 185.
(3) Idem, ibíd.

mara proporciones. En 1539 se habían sublevado los danteses contra la autoridad de Carlos V. Era en mitad del invierno, el Emperador estaba en España, y apesar de su antigua rivalidad con el Rey de Francia, aceptó sin vacilar el ofrecimiento que éste le hacía de pasar por sus Estados para más pronto acudir al castigo de la ciudad alterada. Tal era el ejemplo que Felipe debía haber imitado. Si alguna duda en este punto podía caberle, los consejos y repetidas instancias de los mejor informados y que mayor interés tenían en el restablecimiento del orden, debían haberla desvanecido. El Rey, apesar de las instancias de la Gobernadora, de los señores flamencos que le eran adictos, del Papa, del Cardenal Granvela, que desde Roma le escribía en tal sentido, no salió de España. Pero en su lugar mandó al Duque de Alba con un ejército compuesto de la más lucida gente que se podía ver, cuyo núcleo principal era la famosa infantería española. A esta noticia, Margarita escribe á su hermano: «Para el bien del país, para la reputación é intereses del Rey, no podía hacerse elección más funesta que la del Duque de Alba, por ser tan aborrecido en este país, que él solo bastaría para hacer odiosa toda la nación española.» Pero todo es inútil. El Rey está decidido. Las galeras de Doria aguardan al Duque, despídese de Felipe en Aranjuez, y provisto de amplísimos poderes, sale para Italia, donde está el ejército con que debe entrar en Flandes.

Nunca será bastante censurada la torpeza de Felipe II en este desdichado suceso de las revueltas de Flandes. De tal modo resulta evidente que obró en directa oposición de lo que la prudencia, los principios rudimentarios de gobierno, el sentido común aconsejaban, que ni sus apologistas más decididos aciertan á explicar tan extraña conducta. El Rey Prudente, por su imprudencia sistemática, por el empleo de una política de doblez y engaño, y por no haber querido acudir con el remedio cuando aún era tiempo, condenó á sus Estados á una guerra de ochenta años que acabó con la sangre y las riquezas de España. Por demás conocido es el sistema de gobierno con que el Duque de Alba se propuso reducir á las rebeldes provincias, acabando con sus fueros y privilegios. El

Consejo de los Tumultos ó Tribunal de Sangre, las confiscaciones, aquellos famosos impuestos de la décima y la vigésima, que demuestran que el Duque era por lo menos consecuente, y que así como hacía ahorcar á los ciudadanos, hacía también ahorcar la hacienda, lanzaron á la revuelta aun á los más tímidos, y produjeron la revolución que dió origen á la República holandesa. La política del Duque de Alba, que obtuvo la más cordial aprobación de su Soberano, era sencillísima. Con el exterminio total de la población, el país quedaría tranquilo. Para atender á los gastos de la pacificación, hacienda tenían también los flamencos. Ciudad que hacía la menor muestra de resistencia, ó no se apresuraba á abrir sus puertas á las tropas españolas, era entregada al saqueo, no por espacio de veinticuatro horas, que era lo más que solía hacerse entonces en la guerra, sino durante tres ó cuatro días.

Los habitantes emigraban en masa, y los que estaban en armas preferían morir peleando y resistir mientras les quedara un aliento de vida, á entregarse para sufrir todo género de ultrajes y morir ignominiosamente. Asombran los hechos de épico heroísmo realizados en tan terrible lucha. Legendarios parecen algunos relatos, donde con sencillez admirable se refieren sucesos á los cuales no hay nada parecido en la historia ni en la fábula.

D. Bernardino de Mendoza, que formaba parte del ejército del Duque de Alba, refiere, como cosa natural y corriente, uno de los más difíciles hechos de armas que registran los anales militares. En 1572, la ciudad de Ter Goes, que defendía una escasa guarnición española, fué sitiada por numerosas tropas de los rebeldes, y apesar del valor con que los españoles se defendían, pronto se vió que de no recibir inmediato socorro, la ciudad caería en poder del enemigo. Ter Goes era la llave de la provincia marítima de Zelanda, y el Duque, conociendo el peligro en que se hallaba, ordenó á Sancho de Avila, Gobernador de Amberes, que sin dilación enviara socorro á los sitiados. Hiciéronse á este efecto varias tentativas, pero todas fueron infructuosas. Sabido es que los dos brazos del Escalda, después de repasar las provincias

de Flandes y Brabante, corren en direcciones casi opuestas, antes de unirse al mar. Entre estos dos brazos están las islas de Zelanda, medio flotando, medio sumergidas bajo las olas. Ter Goes era la más importante de este archipiélago. Los holandeses dominaban el mar con su escuadra y eran tan prácticos en el conocimiento de aquellos golfos y canales, que no había que pensar siquiera en tomarles ventaja en esta parte. Pero la comarca donde estaba Ter Goes no había sido siempre una isla. Cincuenta años antes, una de las más violentas tempestades que se recuerdan en aquel combatido país, había roto los diques, y las aguas del mar de Alemania, anegando centenares de aldeas, habían sepultado para siempre una parte del suelo que ahora separaba Ter Goes de tierra firme. Los españoles, no pudiendo acudir al socorro de la plaza por mar ni por tierra, concibieron un proyecto anfibio. En la marea baja la profundidad era de tres á cuatro pies, al paso que en la alta llegaba hasta diez; el fondo era cenagoso é inseguro y estaba además atravesado por tres canales siempre muy profundos y rápidos. Un coronel veterano de más de sesenta años, el buen viejo Mondragón, como le llama el Duque de Alba, se propuso atravesar con 3.000 hombres á pie, en las cinco horas que tardaba en subir la marea, las tres leguas y media que había de una á otra orilla. Eligió su gente, hizo que se proveyera cada uno de un saco donde iban la pólvora y las provisiones y que debían sujetar sobre la cabeza. Era la noche del 20 de Octubre. Mondragón no advirtió á sus soldados de lo que se trataba hasta que estuvieron en la orilla. Entonces les dijo la peligrosa empresa para que los había traído. La enumeración de los riesgos que iban á correr inflamó más aún el valor de aquella indomable gente. Cuando les habló de la importancia de la ciudad sitiada, de la reputación que ganarían acudiendo así en su socorro, el entusiasmo de los guerreros no conoció límites. El viejo coronel, precedido sólo de los guías, entró resueltamente en el agua, á la cabeza de sus tropas, obligadas á seguirle casi de uno en fondo. El agua, donde era menos profunda les llegaba al pecho; en muchos sitios tenían que nadar por no poder hacer pie. Antes del alba la operación estaba terminada. De los tres

mil, sólo nueve habían perecido. Los sitiadores, al ver salir aquel ejército del fondo del Océano, sobrecogidos de espanto, se dieron á la fuga, y Ter Goes fué salvada por uno de los hechos más notables y originales que presenta la historia de la guerra.

Grande era la reputación de hombre de guerra que gozaba el Duque de Alba al ser enviado á los Países Bajos. Sus empresas militares, en todo el tiempo que duró su gobierno, demostraron cumplidamente la justicia de su fama. Era, sin disputa, el primer General que tenía entonces España y Europa. Desde el tiempo de Demetrio Poliórcetes, dice el historiador de la independencia de la República holandesa, ningún General había sitiado tan gran número de ciudades. Desde el tiempo de Fabio Cunctator, ninguno había sabido evitar tantas batallas, ni se podía citar caudillo alguno, por magnánimo y esforzado, que hubiera llegado á poseer tan altanera indiferencia á la crítica y á las calumnias con que á veces sus enemigos trataron de mancillar su nombre. Carlos V había conocido muy pronto los talentos militares del de Alba, y había sabido apreciarlos en todo lo que valían, distinguiéndole con los mandos de mayor importancia. No hay, tal vez, en todo el reinado del Emperador campañas más arduas ni más afortunadas que las del Danubio y el Elba, en la guerra contra la liga de Smalkalda. En una y otra tuvo el mando en jefe del ejército imperial D. Fernando Alvarez de Toledo. La gloria del paso del Elba y la victoria de Mühlberg, que se consideraban vulgarmente como hechos milagrosos, le corresponde toda entera. «Llegué, ví y Dios venció,» decía el Emperador, parodiando piadosamente las palabras de César. En su larga carrera militar, desde que á los diez y seis años había hecho las primeras armas bajo los muros de Fuenterrabía, hasta la edad de sesenta que tenía ahora al ser enviado á Flandes, la fortuna había seguido constantemente sus banderas. De los grandes desastres del Imperio, sólo presenció el de Metz, y en aquella ocasión desplegó todas las cualidades de un caudillo experimentado, para reparar en lo posible una falta que no era suya.

El ejército puesto á las órdenes del Duque de Alba, era

en un todo digno de tan gran General. Formábanlo próximamente 10.000 hombres, de Infantería en su mayor parte, pues sólo había 1.200 caballos. Podrá parecer la cifra demasiado pequeña, pero en cambio, eran 10.000 veteranos acostumbrados á vencer en toda Europa. Causó general admiración la disciplina incomparable, el orden, que honraría á un ejército de nuestro tiempo, con que llevó á cabo el Duque la dificilísima operación de trasladar esta lucida hueste, desde Alejandría de Palla, por el Mont-Cenis, la Saboya, Borgoña y Lorena, á los Estados Bajos. La gente de guerra de todos los países acudía á ver desfilar los veteranos españoles. Brantôme, que fué expresamente á Lorena con este objeto, se deshace en elogios al describir *cette gentille et gaillarde armée*, cuyos soldados, por el brillo y lujo de las armas, y por su bizarra apostura, tenían apariencia de Príncipes. Lleno de patriótico orgullo el autor de los *Hechos de Sancho de Avila*, condensa en dos líneas el unánime elogio de nacionales y extranjeros. «Los soldados, dice, podían ser capitanes; los capitanes, maestres de campo; los maestres de campo, Generales» (1).

Pero aquí termina el elogio. Un ejército invencible, una serie de victorias entre las cuales hay triunfos tan completos y decisivos como el de Jemmingen, dieron por resultado que al fin el Duque de Alba se viera obligado á abandonar los Países Bajos, más como vencido que como vencedor. Sus crueldades no dieron otro resultado que enconar los ánimos, hasta hacer toda avenencia imposible. De todas partes llegaban á Felipe II voces clamando perdón para aquellos desdichados pueblos. Hasta sus mismos Embajadores y secretarios no vacilaban en interceder por los flamencos. Sólo la clemencia podría dar algún resultado. «Señor, escribía al Rey desde Bruselas el secretario Esteban de Prast, convendría que se alzase ya la mano del rigor habiendo seido hasta

---

(1) *Hechos de Sancho Dávila*, Valladolid, 1713, pág. 26.—Prescott, *Philip. II*, lib. III, cap. I.—Arrue, *Campañas del Duque de Alba*.—Motley, *Rise of the Dutch Republic*.—Brantôme, *Œuvres*, tom. I.

agora grande, por haberse justiciado en cinco años y tres meses pasadas de tres mil personas y desterradas por sentencia otras nueve ó diez mil.» Y al final de la carta, como postdata, añade: «Va aquí junto un librillo nuevamente impreso en Amberes con licencia, por el cual se ve un singular ejemplo de clemencia del Emperador Thodosio, que me ha parecido digno que V. M. le mande visar para el caso presente.» Es, en realidad, conmovedor este rasgo del secretario, que con el temor que el Monarca inspiraba, sólo de este modo indirecto se atreve á insistir en hacerle cambiar de política. Mas cuando Felipe consintió en hacer concesiones y adoptar medidas conciliadoras, era demasiado tarde. Precisamente esa es la historia de las revoluciones. La política está en conceder á tiempo, en conceder cuando las peticiones son todavía razonables, y con apariencia de magnanimidad pueden hacerse. Mas cuando el gobernante se resiste á prestar oídos á peticiones justas, cuando además extrema el rigor con la negativa, las pasiones se exaltan, las peticiones, antes razonables, se convierten en exigencias que van contra el Estado, la lucha se hace inevitable, y la revolución sobreviene.

Los límites en que necesariamente ha de encerrarse esta Memoria, no permiten analizar ni aun someramente las principales empresas de este reinado. La historia de Felipe II es la historia de Europa en la segunda mitad del siglo XVI; de ahí que hayamos de fijarnos solo en aquellos sucesos de importancia excepcional que, por otra parte, son los que manifiestan con mayor claridad la política del Soberano. La guerra contra el turco, la rivalidad con Francia, le fueron trasmitidas por su padre con la corona. En las guerras de Flandes, en la política de engrandecimiento que comienza con la conquista de Portugal, se ve manifiestamente la iniciativa personal del Soberano.

La ocupación de Portugal y su reunión á la corona de España, fué, podríamos decir, la única empresa que terminó felizmente Felipe II. Esta fué también la única vez que se decidió á obrar con rapidez y anticipándose á la ayuda que sus enemigos pudieran prestar al prior de Crato, que era el

candidato popular, agregó este nuevo reino á los muchos que ya poseía.

La victoria del puente de Alcántara y la dispersión de la escuadra portuguesa por el Marqués de Santa Cruz, derribaron, en menos de tres semanas, el inseguro trono del prior de Crato. La Duquesa de Braganza, mediante ciertas concesiones, renunció en favor del Rey católico sus derechos al trono lusitano, y de este modo se encontró Felipe II, en breve tiempo, dueño del vecino reino.

Bien podía compensar la nueva conquista la pérdida de las siete provincias de Holanda que se habían emancipado formando la Federación Bátava. Todas las colonias portuguesas pasaron igualmente á aumentar los Estados del Rey de España. Eran éstas: el Brasil, en América; Guinea, Angola y Bengala, en la costa Occidental de Africa, y en la costa Oriental, Zanguebar, Quiloa y Mozambique; la isla Socotora á la entrada del golfo Arábigo; la isla de Ormuz, que dominaba la entrada del golfo Pérsico; Goa, capital de los establecimientos portugueses en la India; los reinos de Cambaya y Diu; toda la costa de Malabar; la isla de Ceilán; el Quersoneso de Oro con la ciudad de Malaca; las Molucas y la isla de Macao, donde se establecieron las primeras comunicaciones entre los europeos y el Imperio chino (1).

Pero esta adición de territorios tan extensos, diseminados en todo el globo, constituía un aumento de poderío más aparente que real. Lo importante aquí era que, por primera vez, desde la invasión agarena, se veía reunida toda la Península Ibérica bajo la autoridad del mismo Soberano. Felipe II, no quiso ó no pudo dar á esta unión carácter permanente, procurando, con régimen templado, captarse la buena voluntad de los naturales, y hacerles olvidar la humillación y los rigores de la conquista. Hase pretendido por algunos escritores sostener que la conducta de España en esta importantísima cuestión, es digna de elogio por la clemencia en que inspiró

(1) Ch. Weis, *L'Espagne depuis le règne de Philippe II jusqu'a l'avénement des Bourbons*, tomo I, pág. 70.

sus actos. Bien diferente será la idea que formarán cuantos lean la correspondencia del Duque de Alba, Capitán general del ejército de ocupación, y de su segundo Sancho de Avila. Según textual declaración de ambos caudillos, en ninguna de sus muchas campañas habían visto desenfreno igual en la soldadesca, ni habían tenido que desplegar tanto rigor para refrenarla. «Los desórdenes que hoy pasan—escribía el Duque de Alba al Rey—son de manera que yo no pensé verlos jamás, ni que en gente de guerra pudiesen caber. He hecho todas las diligencias que humanamente he podido para atajarlos, y no ha sido posible, porque la inobediencia y desacato es muy grande, y procede todo de los oficiales, y yo aseguro á V. M. que no hay coronel, maese de campo, capitán y oficial ninguno que haga su oficio como le ha de hacer, y que á todos ellos se les podría muy bien suspender los cargos.»

«Hanse ahorcado algunos soldados, y pienso hacer ahorcar á algunos de los que están presos, y echar en galera más de cincuenta. A ocho capitanes he quitado las compañías, y á todos se les pudiera muy bien quitar, pero no se puede hacer justicia de todos. No sé si con esto se remediarán los desórdenes, que á mí me duele más que á ellos me den ocasión para que venga á hacer esto» (1). Por otra parte, Sancho de Avila escribía al Duque desde Oporto, á donde había ido en seguimiento del prior de Creto: «Los soldados son insolentísimos, y digo á V. E. que he ahorcado y descalabrado muchos, que no he hecho otro tanto en mi vida» (2). El pueblo vencido compara su antigua grandeza con la presente humillación, y el sentimiento nacional, tan imprudentemente lastimado por el invasor, se mantiene y se fortalece aguardando el día de la liberación. Las calamidades que habían caído sobre Portugal en el breve espacio de tres años, eran tantas y tan grandes, que en mucho tiempo hicieron imposi-

---

(1) Carta del Duque de Alba al Rey, de Cascaes á 6 de Agosto de 1580 en la *Colección de documentos inéditos*, tomo XXXII, pág. 368-9.

(2) *Colección de documentos inéditos*, tomo XXXI, pág. 296.

ble todo esfuerzo vigoroso en favor de la independencia. Las últimas tentativas se hacen en las posesiones de allende el mar. En la madre patria, el clero es el principal depositario del sentimiento nacional. Cosa que parecerá extraordinaria, en la leve resistencia hecha á las tropas del Rey católico, los frailes fueron los que mostraron más energía y valor, los más implacables enemigos del campeón de la Iglesia, del martillo de herejes y de infieles. Y el clero es también el propagador de las leyendas del Rey D. Sebastián. El Rey no había muerto, el cielo le había impuesto una penitencia de siete años, trascurrido cuyo tiempo, debía reaparecer purificado y triunfante. Los lazos que unían el nuevo reino á la gigantesca monarquía española, eran tan débiles é inseguros, que el más pequeño esfuerzo, la más leve sacudida bastaría á quebrantarlos.

La facilidad con que se hizo esta conquista fué, tal vez, la causa principal de las desastrosas tentativas de Felipe para colocar á la Infanta Isabel Clara Eugenia, su hija predilecta, en el trono de Francia.

Muchas y muy graves ofensas había recibido Felipe de Isabel de Inglaterra; los piratas ingleses, con el beneplácito de su Soberana, saqueaban nuestras colonias, robaban nuestros galeones. Los rebeldes de Holanda habían encontrado en Isabel el más decidido apoyo. Felipe había devorado todas estas afrentas preparando lentamente su venganza. Batir en la mar á los ingleses, no era suficiente. El Rey ordenó un formidable armamento para hacer la conquista de Inglaterra. D. Alvaro de Bazán, su Capitán general del mar Océano, á quien principalmente se debía el triunfo de Lepanto, y últimamente victorioso en el combate de las Terceras, dirigía la expedición naval. Alejandro Farnesio, Gobernador de los Países Bajos, gran General y no menor político, tendría el mando de las tropas de tierra. Asusta el montón de documentos, despachos, instrucciones, informes, órdenes de todas clases, que por su mano escribió el Rey para el apresto de este armamento. En medio de los preparativos, la marina de los conquistadores del Nuevo Mundo, de los vencedores de Lepanto, recibió un nuevo ultraje de los corsarios ingleses,

que puso de relieve uno de los defectos capitales de nuestra administración. A las seis de la tarde del 29 de Abril de 1587, frente á la rada de Cádiz, cuajada de galeras, de buques de vela, de soldados y cañones, aparecen veintiocho buques sin bandera. Es la escuadra de Francisco Drake, el osado pirata enriquecido con los despojos de nuestras colonias y nuestros bajeles. Entra á velas desplegadas y fondea en el Puntal. Las mujeres huyen del teatro donde se representaba una comedia. Bajo el fuego de los cañones de las galeras y de los fuertes, queman los ingleses ó echan á pique, treinta navíos, desfondan los toneles de vino acumulados en el muelle, incendian los haces de forraje, el trigo, la galleta. En dos noches destruye Drake más de diez mil toneladas de mercancías, abastece su flota, carga sus prisioneros y desaparece. No contento aún, quema cien naves en el Tajo, se desembaraza de los prisioneros hechos en Cádiz, entregándolos á los marroquíes, hace rumbo á las Azores, y «cosa rara—dice Cabrera,—apresa el galeón San Felipe, que venía de Indias con grande y rico cargamento, y lo remolca á Inglaterra.» Según dice al Rey D. Bernardino de Mendoza en carta de Noviembre de este año 1587: «La venta del navio de espezeria de la India, que tomó Drake, se avia concluydo en 5o M. para la Reyna y 6 M. para el almirante» (1).

No se puede perseguir al inglés sin autorización del Rey. Mientras se discute, se redacta y se despacha, tiene el pirata sobrado tiempo de estar de vuelta en su tierra. Hasta el 16 de Julio, quince días después de haber regresado Drake á Londres, no puede hacerse á la vela Santa Cruz para darle caza. Si tal sucedía, pendientes aún los aprestos de la mayor escuadra que se había visto nunca reunida, imagínese cuál sería la seguridad de nuestras costas, de nuestras mercancías en el Océano, después que el tremendo fracaso de la *Invencible* nos quitó definitivamente la preponderancia en el mar.

Pocas empresas han sido más largamente meditadas, proveídas con mayor minuciosidad, atendidas con más vastos

---

(1) Cabrera-Forneron.

recursos que la ocupación de Inglaterra que intentó Felipe II. Ninguna tampoco podría citarse que tuviera término más desdichado. A nadie más que al Rey cabe culpar de tan gran desastre. A la inaudita imprudencia del Rey á quien por un extraño sarcasmo llaman prudente, como llamaron grande á su nieto Felipe IV, se ha de atribuir un suceso que dejó abiertas irremisiblemente nuestras costas á los piratas, y con la ruina de nuestra marina, terminó la ruina de nuestro comercio. Si alguna duda podía quedar aun en esta parte, la publicación de todos los documentos relativos á la *Invencible* que han visto la luz pública en este año de 1885 ha venido á hacerla desaparecer. El mando supremo de la armada, de una armada de más de 200 buques en que iba un ejército de 30.000 hombres, fué confiada, por fallecimiento del Marqués de Santa Cruz, á D. Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, sétimo Duque de Medinasidonia. Cumple decir, en descargo del nuevo Almirante, que su primer impulso fué rechazar cargo tan pesado y tan superior á sus fuerzas, y en tal sentido escribió al Rey suplicando que por su incompetencia le relevara de tan alto cargo. El Rey, con aquella prudencia que ya le había costado las siete ricas provincias de Holanda, reiteró su mandato, y el Duque, en hora menguada para su fama, aceptó. Es cosa, en realidad, que afrenta y humilla ver escuadra tan poderosa, ver marinos curtidos en largos años de navegaciones y de combates, ver tantos guerreros esforzados que de todas partes acudían á ilustrar su fama en tan gran empresa entregados á perecer miserablemente víctimas de la ineptitud y aturdimiento de un caudillo inexperto. Lo único que del mar sabía el Duque de Medinasidonia, era que se mareaba. De aquí los desaciertos, las incomprensibles torpezas, el desgraciadísimo y vergonzoso fin de tan formidable armada.

Alejandro Farnesio, cuyas dotes de político no eran inferiores á sus prendas de gran caudillo, había logrado formar en las provincias walonas un partido católico adicto al Rey, y enemigo, por consiguiente, de los holandeses. En una serie de brillantes campañas que le acreditaron del primer General de su tiempo, había puesto en términos de desespera-

ción la causa de los rebeldes. Cuando se creía en condiciones de poder terminar de una vez la rebelión con la conquista de las provincias septentrionales, recibió órden del Rey de entrar en Francia á la cabeza de su ejército. Pareció á Felipe ser este el momento de coger el fruto de tantos miles de escudos como había dado al partido católico. No puede decirse que fuera su ambición exagerada. De una manera parecida se había hecho dueño pocos años antes de Portugal. Si la importancia de este reino era menor, en cambio el partido que defendía su causa no era tan fuerte ni tan entusiasta como el que en Francia le tenía por jefe. Pero, ó no había recursos suficientes ó se engañó grandemente en el cálculo de la resistencia que sus tropas habían de encontrar. En vez de una acción enérgica y decisiva, distribuyó sus fuerzas en muchos puntos, así que, muerto Alejandro Farnesio, único capaz de contener á Enrique IV, este hábil político y bizarro caudillo vino á hacer de todo punto imposibles los planes de Felipe. Enrique IV, que, por misa más ó menos, no estaba dispuesto á perder un reino, abrazó las creencias de la mayoría de la nación. Las tropas españolas que daban guarnición á París, abandonaron la capital con banderas desplegadas y tambor batiente. Este desengaño fué el último, y tal vez el que costó más dinero. A los triunfos brillantes que habían inaugurado su reinado, veía ahora sucederse una serie de desastres irreparables. La Hacienda, que nunca había estado bien, se encontraba entonces en situación desesperada. El Rey se había negado á pagar á sus acreedores, y esta nueva vergüenza puso de manifiesto su pobreza. Los ingleses, más envalentonados que nunca, desembarcaban en la costa, saqueaban atrevidamente puertos como el de Cádiz, penetraban tierra adentro y marchaban tranquilamente cargados de botín y arrastrando gran número de cautivos.

Y en tal situación, en medio de tales aflicciones, veía llegar su última hora, el momento de entregar el cetro de tantos reinos á un sucesor incapaz de conservarlos, menos todavía de promover su prosperidad y levantarlos de la ruina. Es muy frecuente disculpar sus errores con su propósito de conseguir la entera unificación de la monarquía, á que se

oponían los fueros y costumbres locales. Pues ni aun eso puede concederse. En los cincuenta años que siguen á su muerte, el Rosellón se incorpora á la corona francesa; Cataluña vive veinte años en república protegida por Francia; Portugal se hace independiente; Aragón se dispone á proclamar rey al Duque de Híjar, y Andalucía prepara un levantamiento con el Marqués de Ayamonte. Cien años después de su muerte, las potencias europeas dividían los dominios de la corona de España en un Congreso donde España no era admitida. Tal fué el resultado de aquella funesta política, que no podemos llamar cristiana ni católica, so pena de que estos nombres vengan á significar torpe disimulo, artera doblez, crueldad implacable. En el mismo año de su muerte he aquí cómo resumía uno de los nuevos Ministros de Felipe III el estado de la monarquía. «De los de Flandes los rebeldes son enemigos públicos, y los demás sin dubda lo son secretos; los de Aragón se tienen por ofendidos; y así los amigos solos desta corona son las Indias y los reynos de Castilla.»

